



## Jorge Monteleone

En esa utopía de la nada llamada *El árbol de Saussure*, el escritor argentino Héctor Libertella imaginó aquel árbol del lingüista suizo que sirvió como ejemplo paradigmático del signo en medio de una plaza que se hallaba en medio de un ghetto que tenía el tamaño mismo de la plaza. El /árbol/ era contemplado por un grupo de parroquianos desde la barra de un bar (la “barra” que divide el signo saussureano y aquel *arbor* que en *Problemas de lingüística general* aparecía también duplicado con el breve dibujo de un arbolito que ilustraba la conjunción del concepto y la imagen acústica, esto es, el significado y el significante). Escribe Libertella: “Con los codos apoyados en la barra de metal, los parroquianos del ghetto miran con mirada boba el único árbol de la plaza, sin imaginar siquiera que el bar donde se encuentran proviene, casualmente, de “barra”. En sus ojos no se refleja un árbol tal como lo pensamos, sino apenas un tronco con ramas y hojas; algo sólo dice: acá estoy (estoy acá)”.

Tratado ficcional fragmentario y enloquecido, el volumen de Libertella va un paso más allá del mundo de Macedonio Fernández convertido en un puro “almismo” o en el de Borges, en el cual los objetos ideales que geminan los reales convierten paulatinamente al mundo en Tlön. “El mundo es un almismo” titulaba Macedonio en su ensayo; “el mundo será Tlön” escribía Borges en su cuento “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”. Libertella escribe acerca de un mundo sin signo donde el árbol mismo está allí, referente puro, mudo estar arrojado ante la mirada *-ob-jectum-* como ese tronco con ramas y hojas que sólo dice *estoy acá*. “Imago de la ausencia” la llamaría Lezama Lima, pero en una inversión de los objetos ideales de Tlön o de lo almático de Macedonio: puro *acontecer*. Libertella nombra otra vez, pero en un origen devaluado a final y a principio vacante, otras posibilidades de la literatura latinoamericana, lejos de los esencialismos de la identidad y de las atemporalidades de la fundación.

José Lezama Lima había imaginado que en la *expresión americana* “ofrecemos el hecho de una nueva integración surgiendo de la imago de la ausencia. Y cuando el lenguaje decae, ofrecemos la dionisíaca guitarra de Aniceto el Gallo y el fiesteo cenital en la rica pinta idiomática de José Martí”. Para Lezama el paisaje americano era un espacio gnóstico de encarnación propicia a la imago, para que la palabra cundiese en ese “protoplasma incorporativo del americano”, con esa *voracidad* de la cual hablaba también Gironde cuando mentaba nuestros estómagos fuertes o el hambre desatada del antropófago Oswald de Andrade. Latinoamérica, a la que le negaban el tiempo, comenzó a crear palabras que se *comían* el espacio con una lengua ajena y lo multiplicaban en los hiatos de la lejanía y la distancia: “El ombú, el árbol que camina en la noche de la pampa, según nos dice un gran argentino, Ezequiel Martínez Estrada, regala la vegetativa mansión en la peligrosa distancia. Si no el ombú, vaya la ceiba

generatriz, con su permanencia vindicativa. Tranquiliza el vientre fecundo y resguarda la distancia en unidad de lugar” escribió Lezama Lima, gozoso devorador, porque esos árboles historiados “en el paisaje americano cobran valor de escritura”.

Con el árbol de Saussure en el albor del siglo XXI, Libertella abandona la extensión del paisaje para minimizarse en un ghetto y despliega allí el puro tiempo de una virtualidad por nombrarse y, en el nombre, historizarse, crear historia. No sólo ya no somos “tierra sin historia” como quisieron proyectarnos: ahora somos como el ghetto de Libertella donde “*el tiempo existe sobremanera*” y, asimismo, donde no sólo ese tiempo *no* es una ilusión, sino que “le inyecta a las cosas un carácter instantáneo: hace de pasado presente”. En la utopía de Libertella el árbol “a veces es signo, a veces no” ¿Cómo escribir así una literatura nueva? ¿Qué es la identidad y aun el yo en esa encrucijada imposible de acontecer sin signo o con un signo por venir? Es el lugar de lo *indecidible* (¿acaso descendencia del mestizaje o su negación?), que el propio español en la extensión latinoamericana halla incluso en la encrucijada ambigua del sujeto, del YO: “Aquellos parroquianos que miran el árbol de Saussure desde la barra (del bar) acaso no saben que, entre las mil y una lenguas del mundo, sólo el castellano les da la posibilidad del yo como algo que está constituido por una letra que une —y— y otra que a continuación separa —o—”, escribe Libertella. Somos pura disyunción y también pura alteridad, intersticiales y heteróclitos, “pura mezcla”: “Por ahora baste decir que en las leyes de relación de la tribu el Otro no es más que el semejante, en el sentido literal de lo que es “similar”, parecido o idéntico. Y el prójimo, que es el próximo de uno, sería entonces su doble”, escribe Libertella. Así nos liberamos de las esencias o arquetipos de lo único en nombre de los cuales hasta el crimen se justifica y aspiramos a la heterogeneidad de espacios, tiempos, palabras y subjetividades. Silviano Santiago habla en este número del “entre-lugar”.

En este ejemplar de *Zama* el curioso lector encontrará en diversos textos los testimonios de esa multiplicidad de lo indecidible latinoamericano. Por ejemplo en la experiencia dual de esos íntimos extranjeros que viajan a México, Cardoza y Aragón y Artaud, en el ensayo de Silviano Santiago o en la condición identitaria fundada en la extrañeza entrañable que manifiesta el puertorriqueño Eduardo Lalo, cuando recuerda los versos de San Juan de la Cruz: “Yo mismo / solo y sin nadie en el mundo / tengo ya el hermoso hoy”. Escribe Lalo: “Soy de un país que resistió solo, por la fuerza de su propia cultura, a las imposiciones imperiales del país que domina y seduce desde el comienzo del siglo XX. (...). Pertenezco a una larga lista de escritores marginados, cuando no ninguneados, por el peso de un gentilicio que difícilmente se asocia a la grandeza y la victoria. (...). Los hombres y las mujeres que ejercen cierta práctica de la escritura pueden comprender el abismo salvador presente en estas palabras: el ‘hermoso hoy’. Luego de escucharlas, la noche no será ya la misma por haber conquistado la plenitud de su momento”. El *dossier* de este número explora asimismo, de un modo luminoso, los desfiladeros del yo, los abismos de la persona, ese “yo mismo solo” del poema citado por Lalo que se manifiesta en la escritura autobiográfica. Los artículos y las notas y también las conversaciones con Silviano Santiago o con Juan Villoro ejemplifican aquí y allá la posibilidad de esas identidades intersticiales en una historia en ciernes, que Latinoamérica también enfrenta con los desafíos de su literatura. Hablando del Caribe, Román de la Campa se pregunta en su ensayo: “¿Cómo se ubica ese espacio en los lenguajes de la diferencia, liminalidad e intersticios que buscan rescatar interioridades ante la univocidad de la globalización y la carencia de claras alternativas de exterioridad o resistencia?”. Y eso mismo se cruza en los comentarios y preguntas de Julio Ramos a Silviano Santiago acerca de las noción de entre-lugar, de traducción, de convergencias y formas anfibia; o bien en la descripción de su último libro de cuentos, *Anónimos*, como un regreso a la problemática del sujeto, pero “no ya en función de las políticas de identidad, sino en esta zona de tránsito del sujeto entre puntos

de contacto, entre distintos espacios y tiempos que posibilitan nuevas relaciones o relatos que ya no guardan compromiso con el dramatismo de la originalidad, ni de la resistencia heroica”.

Durante los tramos finales de la publicación de este número, el 20 de agosto de 2013, recibimos la triste noticia del fallecimiento de Susana Zanetti, codirectora de *Zama* y entrañable maestra, vinculada muy estrechamente al Instituto de Literatura Hispanoamericana, del cual también fue directora. En el *dossier* sobre diarios de escritores, el lector hallará uno de sus últimos trabajos, el minucioso ensayo sobre el diario íntimo de la escritora Soledad Acosta de Samper, “Diario íntimo de una adolescente colombiana”. Susana era profunda, enconadamente vital, brillante e irónica, minuciosa en el saber y apasionada, beligerante, precisa, incansable. Fue para muchos de nosotros una gran profesora en su altísimo don de ser esa gran lectora de la literatura de Latinoamérica en una dimensión universal. La recreadora de aquello que llamó el “archivo minucioso” en la tradición de Pedro Henríquez Ureña y de Ángel Rama. Y *La dorada garra de la lectura*, su gran libro de crítica literaria, dice en ese título el modo particular en el cual ejercía ese don. Cada uno tendrá sus múltiples anécdotas acerca de su profunda actividad intelectual, su veloz ironía, sus opiniones contundentes que no esperaban el beneplácito del acuerdo sino la punzada del inconformismo, con esa especie de elegancia bravía que llevaba como nadie. Por ejemplo, se refería a Rubén Darío o a José Martí, como si fueran poetas que todavía reinaran, perfectos e incesantes y revolucionarios, y a la vez familiares e inmediatos. Hablaba de ellos con fervor y temblor. No es una figura retórica: era una lectora material y real que nos inspiraba y obligaba a leer como si ejerciéramos una gesta privada que a la vez tuviera los ecos históricos del continente. La literatura como un acto ético. A Susana Zanetti y ese acto ejemplar dedicamos este número de *Zama*.

